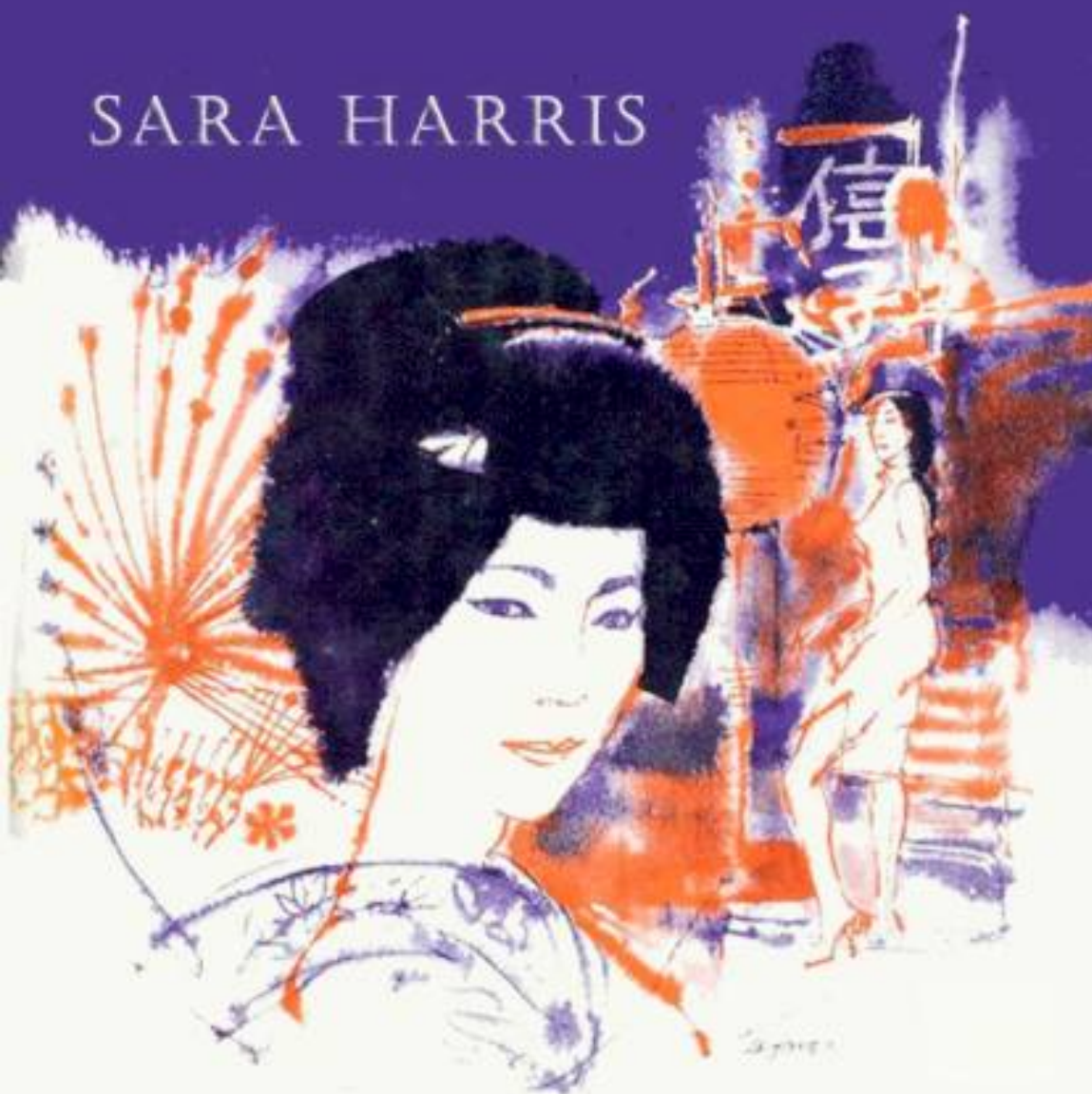


LA CASA DE LOS 10.000 PLACERES

SARA HARRIS



La tradicional geisha es la quintaesencia de la feminidad. En agudo contraste con la geisha, se encuentra la pan-pan.

Las pupilas del burdel y las «flores del arroyo» saben quizás mejor que nadie que la tragedia de su país es ésta: el japonés, encerrado en responsabilidades colectivas, heredero de miles de frustraciones a lo largo de su vida, viéndose obligado a una represión constante de los sentimientos humanos, suele estallar a veces y busca una válvula de escape cometiendo las más inconcebibles atrocidades.

NOTA PARA EL LECTOR

Este libro trata de las *geishas*, de las *pan-pans* o «flores del arroyo» y de las esposas y madres que, a causa de la desatención que los japoneses dispensan a sus mujeres, se encuentran extrañamente relacionadas con ellas.

La tradicional *geisha* japonesa es una criatura dulce, suave e increíblemente joven, cualquiera que sea su verdadera edad. Es la mujer toda *ánima*, la quintaesencia de la femineidad, que no se pregunta nunca a sí misma lo que quiere o lo que siente, y que se considera feliz cuando un hombre lo es con ella. Es como una bella laguna en la que se reflejan las sombras del pensamiento del hombre, su temperamento y —lo que la hace ser tan adorable— esos sentimientos que a veces no han podido ser plasmados en realidades; Es como una obra de arte llevada a cabo por la mitología del Japón antiguo y fabricada con el cuidado de una muñeca de porcelana. Es, por tanto, sólo parcialmente humana, a la vez algo más y algo menos que una mujer corriente.

En agudo contraste con la *geisha*, se encuentra la *pan-pan*. Su historia no solamente es interesante en sí misma, sino también porque sirve para echar una ojeada sobre el lado malévolos del hombre japonés. Las pupilas del burdel y las «flores del arroyo» saben quizá mejor que nadie que la tragedia de su país es ésta: el japonés, encerrado en responsabilidades colectivas, heredero de miles de frustra-

ciones a lo largo de su vida, viéndose obligado a una represión constante de los sentimientos humanos, suele estallar a veces y busca una válvula de escape cometiendo a sangre fría las más inconcebibles atrocidades. No es de extrañar que la prostituta, animal propicio a ser sacrificado en aras de esta crueldad hirviente, viva siempre pensando en el proverbio que dice «que la muerte es más ligera que una pluma y la vida más pesada que una montaña».

En el Japón las esposas y las madres suelen ser también pisoteadas y consideradas como simples ceros a la izquierda. Su historia ha sido contada muy a menudo, pero los insultos diarios que su orgullo se ve obligado a soportar son poco conocidos fuera del Japón. Aún hoy, después de la democratización de su patria, son llamadas *kamaes*, «criaturas de las habitaciones traseras».

Las japonesas, la esposa, la *pan-pan* y lo mismo la *geisha*, son arquetipos de una femineidad con la que no puede generalmente parangonarse la de las mujeres occidentales. Los occidentales que se han relacionado con ellas dicen que amando valen más que sus propias mujeres, porque son no sólo más seductoras, sino también, sorprendentemente, más valerosas, francas y confiadas. También satisfacen mejor los deseos sexuales de su amante, lo cual, más que su cacareada humildad y servidumbre, es lo que hechiza a los hombres de Occidente, y les hace permanecer atados a sus kimonos, arrastrando a veces las más abrumadoras adversidades.

La mujer japonesa es, y siempre lo ha sido, mucho más fuerte de lo que aparenta. La «mujer nueva del Japón», al luchar tan valerosamente como lo hace para ocupar en el mundo el lugar que le corresponde, para que su «yo» sea debidamente reconocido, es prueba de ello. Su rebelión es doble: no solamente contra los hombres tradicionalistas que la quieren siempre esclavizada, sino también contra su propia naturaleza, contra esa especie de impulso que reina en su interior, masoquismo femenino que extrae un perverso

so placer en rendirse y humillarse ante el hombre. En su cerebro no había antaño otra idea que la que el hombre la guiara, la mandara y la defendiese. «Yo —solía decirse— no soy sino una parte de ti; pero tú lo eres todo, y por lo tanto, al adherirme a ti me convierto a mi vez también en algo importante». Y de tal forma se adhería al hombre, tan entrañablemente apretaba contra sí a sus hijos, que a fuerza de paciencia y de servidumbre conseguía dominarlos y aherrojarlos como ninguna madre occidental lo logró jamás.

Por lo tanto, aun cuando la rebelión externa de la japonesa es ciertamente apasionante, lo es mucho más su rebeldía contra sus sentimientos íntimos. Su camino para dirigir sus pasos de mujer liberada es muy arduo, y sin embargo lo sigue graciosamente no sólo para liberarse de sus hombres, sino también para manumitirse de su propio parasitismo. Obrar así es una obra de heroísmo dadas las circunstancias en que su vida se desenvuelve.

SARA HARRIS

LIBRO I

EL MUNDO DEL «SAUCE FLORIDO» DE LA GEISHA TSUYA-GIKU

CAPÍTULO PRIMERO

Son las siete de la tarde, agobiadoramente cálida, en Gion, uno de los barrios de *geishas* de Kyoto, de gran importancia en el Japón. Las estrechas callejas ofrecen un aire festivo y amable, con sus farolillos de vivos colores colgados de los dinteles de las puertas de las casitas, tan pequeñas que parecen de juguete, construidas con madera de pino pulimentado y sin mácula. *Geishas* y *maikos*, estas últimas aprendices de *geisha*, también parecen de juguete mientras pasean juntas, zumbando como avispas, cálidas y lustrosas en sus kimonos de vivos colores. Las *geishas*, muchachas de dieciocho o más años, llevan peinados de estilos corrientes, franceses, italianos, a lo Bardot, y su maquillaje es generalmente discreto, dentro de lo que los occidentales calificaríamos de buen gusto. Pero las *maikos*, aún sin madurar, chicas de menos de dieciocho años, son demasiado llamativas, tanto en el maquillaje como en la forma de vestir. Los zuecos que calzan son altos y van adornados con campanitas. Su pelo, recogido en formas semiesféricas, está plagado de chucherías. Sus kimonos son más ostentosos que los de las muchachas de más edad y las mangas les llegan hasta los pies. Sus rostros, blanqueados con albayalde, pintados de rojo en las mejillas y en los párpados y con un poco de carmín con un toque de oro en el labio inferior, les hace no parecer seres de este mundo.

Me encuentro en Gion acompañada de mi amiga Komako Tenizaki, esposa del primogénito de Ichio Tenizaki, industrial de gran prestigio y uno de los hombres más importantes de Kyoto. La noche anterior me había telefonado Komako-san y con su voz susurrante me dijo: «Mañana quiero presentarle a Tsuya-Giku, que es *mama-san*, la dueña de una casa de *geishas*. Antaño fue la *geisha* número uno de Gion. Ahora cuenta con cuarenta y cinco años e ingresó a los siete en el oficio. Por lo tanto puede proporcionarle una preciosa información que sólo ella posee. Y —añadió— hay quien asegura que fue y sigue siendo la mujer más bella de Kyoto. Hace muy pocos días que un amigo de mi suegro dijo refiriéndose a Tsuya-Giku: los años se apilan sobre ella como sobre cualquier otra persona, pero sin efecto alguno. Su belleza permanece intacta, y si me lo preguntan, diré que jamás llegará a una edad en que los hombres no la deseen».

—¿Encuentra usted tan bella a Tsuya-Giku como asegura el amigo de su suegro? —pregunté a Komako-san—. ¿Cree que por mucho que envejezca la encontrarán los hombres siempre atractiva?

—No soy yo quien tiene que decirlo —me contestó Komako.

Me parecía verla al otro extremo del hilo telefónico, frunciendo los labios como solía hacer cuando se le formulaba alguna pregunta embarazosa.

—¿Cómo podría yo saber —continuó diciendo— si esta mujer es más hermosa y más deseable que aquélla? Creo que semejante pregunta sólo la podrían contestar los hombres. Pero sí le puedo decir una cosa: que Tsuya-Giku tiene los pies y las manos más pequeños de Kyoto y que los huesos de su esqueleto son maravillosamente finos.

Komako-san era una mujer muy corpulenta para ser japonesa, llenita, de anchas caderas y senos llamativos, que eran la desesperación de tan honesta ama de casa. Aquella noche sus pechos atraían la atención de los hombres *mo-*

dan (occidentalizados) y de los jovencitos que al pasar la contemplaban con avidez y le decían, susurrantes, cuánto se parecía a Marilyn Monroe. No eran, sin embargo, las miradas y los cuchicheos de los hombres y de los jovenzuelos la única razón de que Komako se sintiera disgustada esta noche. Había visto algo que la preocupaba más. Una muchacha muy joven, una lamentable criatura que llevaba embutidas en medias torcidas de nylon sus piernas flacas como palillos y que lucía unos zapatos de puntiagudos tacones y un vestido occidental lleno de arrugas y de manchas, la enojaba particularmente. La muchacha sonreía mostrando unos dientes sucios y amarillentos al dirigirse a una pareja de americanos de mediana edad.

—Eh, Johnny^[1] —le dice sin más al hombre, como ignorando a la mujer que le acompañaba—, ¿querer tú muchas bonitas?

—No —contesta el americano—. Muchísimas gracias.

—¿Tal vez lo que querer ser chicos guapos?

—No.

—Está bien. ¿Entonces quererme tal vez a mí?

—Lo siento —replica el hombre—, pero tampoco.

—¿Que no quererme a mí, Johnny?

El tono de la muchacha se ha hecho argumentativo, con un atisbo algo zumbón.

—Creo adivinar que pronto cambiar de opinión.

—No.

—Está bien. ¿Querer tú, Johnny, y la señora-san ver cuadros plásticos? Sé de algunos que gustan mucho a las americanas-sans. Hombre-san con señora-san. Hombre-san con hombre-san. Señora-san con señora-san... ¿Cuál de ellos elegir? ¡Oh, tal vez no gustar de espectáculo en que aparecen personas humanas! Está bien. ¿Querer venir a ver señora-san con perro-san? ¿Hombre-san con perro-san? El señor perro que va con señora-san ser robusto y estar muy bien enseñado. Mejor que personas. También poder ofrecer señorita-perro con hombre. Si ver tú, Johnny, a señorita-pe-

ro, tú querer también en seguida amarla. Y si no querer ver perros, ¿estar seguro que no quererme a mí? Poder cambiar de opinión, creo yo.

Por primera vez la chica dirige entonces su atención a la mujer de la pareja.

—Esta señora-san que acompañarte parecerme honorable, linda, educada como señora japonesa. Su cara me lo dice. Ven conmigo y ella esperará hasta que terminemos. ¡No gritar! Dile, Johnny, que se calle y que se vaya al infierno. Dile esto: que estamos en el Japón y que aquí quien manda solamente es el hombre. Entonces ella esperarte, qué duda cabe. Vamos, ven, te cobraré barato. ¿Sí? ¿No?

La muchacha, al darse cuenta de que la bolsa del hombre permanece cerrada, ofrece sus servicios a la mujer.

—Este hombre-san —dice— ser muy miserable, ¿no?

La mujer sonrío.

—Pues no, no diría yo tanto.

—Ser poco sexual entonces. Dile que te dé unos yens.

—No.

La muchacha da unos golpecitos amables en la espalda de la mujer.

—Lo sentiré por ti si me equivoco. Dime: ¿quieres ver chicos guapos?

—No me interesan.

—No son caros. Al contrario, muy baratos. Y sin enfermedades. El certificado médico ofrece muchas garantías. ¿Venir o no?

—No.

La chica parece tener una súbita inspiración.

—Pues venir a mi casa y yo enseñarte muchas cosas. Haré el amor con señora-san. Me gustan más las señoras-sans que los caballeros para el amor. ¿Querer venir a mi casa?

—No.

—¿Por qué decir a todo no? ¿Es que ser tan miserable como él? ¿Acaso ser su esposa?

—Sí, es mi marido —responde la mujer.

Komako-san se acerca a la chiquilla y le dice algo en japonés. De repente la muchacha se deja caer sobre el bordillo de la acera y hunde la cabeza en el regazo. Comienza a llorar silenciosamente, mientras sus hombros suben y bajan.

—Escucha, Komako-san —le digo—. ¿Qué pasaría si le diera a esta chiquilla unos cuantos yens? Creo que le servirían de algo.

Komako-san se encuentra frente a mí y me mira con una expresión desusada. Es como si quisiera gritar algo y al mismo tiempo se esforzara en contenerse. Por primera vez desde que la conozco me siento extraña en el país y como si me echaran de él. Su rostro se ha vuelto frío y duro.

—Esta chica es una pan-pan. Sólo de mirarla ya me avergüenzo. Y es una vergüenza también para nuestro Emperador. Fueron los hombres de ustedes los que enseñaron a muchachas como ésta a pasear la calle. Perdóneme, pero en los viejos tiempos, antes de que sus compatriotas ocuparan mi patria, nadie sabía nada de *pan-pans*. Nuestros hombres no eran tan necios como para ir con criaturas semejantes. Desde que vinieron ustedes ya no son las cosas tan buenas como antes en el Japón.

»Estas chicas tienen también sus hombres, que forman un conjunto despreciable que se enriquece con el trabajo de ellas. Hombres que acostumbran apalearlas con cañas de bambú. Y es inútil que la muchacha trate de resistir y de gritar. En el barrio donde viven, todos los hombres son iguales, y se dicen unos a otros: "Ese hombre puede hacer lo que le plazca con su pupila y yo no tengo por qué intervenir, ya que yo le rebanaría el pescuezo a quien intentara meterse entre mi chica y yo".

»Y no es solamente las relaciones de semejantes hombres con estas chiquillas lo que nos interesa. Es que estos chulos, al estar entregados a la ociosidad, se convierten fácilmente en delincuentes mientras las chicas se dedican a las infamantes tareas que les han asignado. Roban y tam-

bién matan. Constituyen un peligro para la ciudad. Y el dinero que sus *pan-pans* ganan les permite comprar a la policía para poder hacer lo que quieran y permanecer en libertad.

Komako-san es analítica. Admiro el análisis que me hace de prostitutas y rufianes. Quisiera decírselo, pero al intentarlo y mirarle el rostro, advierto que lo tiene cubierto de sonrojo. Ya sé lo que le pasa, por haber observado antes algo parecido en ella. Es que recuerda de pronto que es impropio de una humilde mujer casada tener tales conocimientos acerca de prostitutas y rufianes. Es mejor que estos temas sean tratados por el hombre y por la *modan* de la cruzada. Puedo advertir el choque que ha sufrido al tener que hablar como lo ha hecho. Durante largo rato permanecemos en silencio. Komako-san es la primera en romperlo.

—¿Quién soy yo para hablarle en la forma que lo he hecho? Si desea saber algo más acerca de las *pan-pans* debe dirigirse a personas mejor informadas, y no a un ratoncillo como yo, que nada sabe. En la casa donde vamos, encontraremos a una que le podrá informar adecuadamente, Momjii, la hija mayor de Tsuya-Giku, que no es tan ignorante como yo. Estudia medicina en la Universidad de Doshisha y, según creo, es el número uno de las clases. Se interesa también por la política, como les sucede a muchos estudiantes jóvenes de hoy. Es socialista y sufragista y forma parte de un comité para la abolición de las *pan-pans*. Pero ahora, puesto que aún podemos disponer de algunos minutos, quiero enseñarle el jardín de Tsuya-Giku. Es pequeño, pero encantador, porque Tsuya-Giku no ha reparado en gastos para convertirlo en un lugar a disposición de sus amigos, donde éstos puedan ir a olvidar, siquiera sea por un rato, las pesadumbres que les atormenten.

El jardín de Tsuya-Giku tenía un especial encanto. Era fragante como una de esas bolsas llenas de hierbas aromá-

ticas, en las que predominase el bálsamo de abeto, el hinojo y el espliego. Unos pinos enanos lo separaban del tumulto y la batahola del exterior. Una delgada corriente de agua, canalizada por una cañería de bambú, iba a desembocar en un pequeño estanque, donde nadaban unos peces dorados. Era el marco más adecuado para aquella casa, construida con la misma madera de pino sin mácula que las de los alrededores.

Advertí de qué manera tan exquisita contrastaba el pino pulimentado de las ventanas con las cubiertas de papel que amortiguaban y difundían la luz en el interior. El tejado, cubierto de tejas de color gris plateado, era bajo y suavemente curvado su alero en los extremos. Los dos pisos de la casa estaban sostenidos por finas columnas de madera, que servían para separar los muros corredizos de vidrio y madera, que ahora se encontraban desplazados para permitir el paso de la brisa errante.

Komako-san y yo abandonamos el jardín, no sin pesar, y hubimos de volver a la puerta de entrada de la calle que daba acceso al porche. Éste era pequeño y cuadrado y su piso, cubierto de grava estaba húmedo a causa de ser constantemente rociado de agua, con objeto de impedir en lo posible que el polvo del exterior fuera a caer sobre las maderas exquisitamente labradas de las habitaciones interiores. Tres anchos escalones daban paso a un amplio vestíbulo, dentro ya de la casa, cuyas paredes aparecían cubiertas de papeles de blancura inmaculada, enmarcados con brillantes listones de madera de pino formando paneles, algunos de los cuales eran *shoji*, esto es, paredes practicales que al deslizarse daban paso a otros cuartos fuera del alcance de la vista. En el último escalón, se veían seis o siete pares de zapatillas, colocadas allí para que nos las pusiéramos, cambiándolas por nuestros zapatos que estuvieron en contacto con las impurezas de las aceras y el barro de los sucios caminos que hubimos de atravesar hasta llegar a esta casa inmaculada.

Al lado de las zapatillas permanecía en pie una *yochi-san*, la Honorable Señorita Camarera, una muñeca de dieciséis años, de redondo y sonriente rostro, vestida con un kimono de seda azul, con su *obi*^[2] blanco. Su misión era ayudarnos a cambiar de calzado. Apenas habíamos terminado de ponernos las zapatillas, cuando se abrió suavemente un *shoji* que daba paso a las habitaciones principales y apareció en el vestíbulo, caminando graciosamente, una mujer pequeña y esbelta, cuyo pelo, negro y brillante, llevaba recogido sobre la cabeza patricia. Su rostro, de facciones menudas finamente cinceladas, aparecía teñido de una melancólica serenidad. Aquella mirada triste, como supe después de conocer a Tsuya-Giku, había sido adquirida conscientemente muchos años antes, cuando se encontraba estudiando para convertirse en una *geisha* perfecta. La razón era sencilla. Los hombres de la clase que patrocinaban en aquellos tiempos a las *geishas* creían que la belleza clásica japonesa consistía en mostrar un rostro lánguido, aunque no descontento. Y como es natural, las *geishas* hacían todo lo posible por alcanzar aquella belleza clásica, tal como aquellos hombres la comprendían. Sin embargo, en aquel momento Tsuya-Giku movía los ojos al hablar de tal forma que su rostro adquiría un encantador aspecto jovial. Vestía un kimono de tesa seda verdeazulada, con un *obi* color de oro, enriquecido con crisantemos bordados blancos y púrpura. Llevaba en su manita, en la que destacaban sus largas uñas, un abanico dorado. Parecía por lo menos diez años más joven que los cuarenta y cinco que Komako-san le atribuía.

—Mil veces bien venidas a mi humilde morada —y Tsuya-Giku se inclinó profundamente al decirlo—. Tengan la bondad de pasar.

La habitación principal de la Casa del Pájaro Azul de Tsuya-Giku, a la que los patronos de ésta llamaban «La Casa de los Diez Mil Placeres», es un marco perfecto para tan frágil belleza. Tiene el mismo aspecto, decoroso y levemen-

te maquillado, de su dueña. Su suelo está desde luego cubierto con tatami o esterillas de paja, y el único mueble que existe en la estancia es una mesa baja, negra y laqueada, iluminada por un farolillo de papel que hace juego, en su sereno color *beige*, con los cojines, en los cuales ya están sentados los invitados de Tsuya-Giku, que llegaron antes que yo. En el *takonama*, la hornacina dedicada a contener una o dos obras de arte, aparece el retrato pintado de un *maiko* de Kyoto y un exquisito vaso negro laqueado en el que se desmaya un solo crisantemo blanco.

Entre los invitados de Tsuya-Giku se encuentra la Hija Mayor, Momjii; Ando, el esposo de la Hija Mayor; la Hija Menor, Sumiko, y otros dos hombres, el barón Okubata y Hashaya-san. La Hija Mayor no posee el atractivo de su madre, pues es regordeta, tiene las piernas cortas y un rostro de expresión algo caballuna. Contará unos veinte años, y lleva una falda azul marino y una blusa de *georgette* color turquesa. Ando, el yerno de Tsuya-Giku, es un hombre menudo y flaco, de unos veintidós años, que viste un tradicional kimono azul. Luce unas gafas de gruesos cristales. Siguiendo la costumbre occidental de demostrar afecto, cosa que el japonés tradicional detesta, tiene cariñosamente cogida con la suya la mano de su esposa, que de vez en cuando acaricia. El barón de Okubata tiene más de ochenta años. Va vestido, como es privilegio de los niños menores de seis años y de los ancianos, a los que se presume se halla en una segunda infancia, con un kimono de color rojo vivo. Hashaya-san, un poco menos viejo que Okubata, es tan delgado como éste es grueso. El color de su cara es ceniciento y casi armoniza con el raso de su kimono. Su cabello cerdoso, teñido de un negro carbón, está untado con un aceite intensamente perfumado. Estoy casi segura de que el aroma que se advierte en la habitación de Tsuya-Giku, predominando por encima del olor de incienso, proviene de la cabellera del anciano.